

Mistificación

(Introducción, traducción y notas
de Angelina Martín del Campo)

Gracias a algunas de las cartas dirigidas por Diderot a su amiga Sophie Volland (septiembre/octubre, 1768), nos enteramos del encargo que le hizo uno de sus amigos: el príncipe ruso Gallitzin¹. Se trataba de recuperar unos retratos que se le habían quedado a una antigua amante. La misión encomendada de inmediato despierta en Diderot una tentación literaria, íntimamente ligada —como en otras ocasiones—², a la intención de mistificar a alguien, en este caso, a la poseedora de los retratos. Se pone pues a elaborar un relato cuyo manuscrito va siendo redactado a medida que suceden los acontecimientos, o muy poco después de los hechos. Tal vez esa inmediatez de lo narrado y la vivacidad con la que se presenta, dan al texto una cierta tonalidad periodística, aunque su especificidad sea eminentemente literaria. Así, a pesar de que el desenlace real de los hechos relacionados directamente con el asunto no fue el previsto por Diderot, él recurre a otro más dramático haciendo uso de un recurso literario que J. Proust³ denomina “construcción deformante” de recuerdos o anécdotas conocidas, mezclando tiempos, lugares y personas, que en muchas ocasiones son personajes reales, como en el relato que nos ocupa. Se trata de: el aludido príncipe de Gallitzin; su antigua amante, la Srita. Dornet, mujer ávida y de precaria salud; la pintora alemana Anna-Dorothea Lisiewska, conocida como la Sra. Therbouche o la “prusiana”⁴, y alojada temporalmente en el taller del escultor Falconet, en donde se desarrollan parcialmente los hechos; el aventurero y agente de cambio Desbrosses, acreedor de la pintora y amigo de Diderot, y finalmente, Diderot, personaje y narrador a la vez. Por otra parte, también se alude a Naigeon, editor amigo de Diderot y admirador de la Srita. Dornet.

El relato consta fundamentalmente de dos partes, varias escenas de transición y un epílogo.

En la primera parte se desarrolla la conversación entre Desbrosses, que se hace pasar por médico, la Srita. Dornet y la Sra. Therbouche. En la segunda parte se desarrolla la conversación entre Diderot y la Srita. Dornet, en la que se hace una parodia de los “Consejos a Panurgo sobre si debe o no casarse”⁵. Después, en una escena de transición, sólo se menciona la llegada de Naigeon; luego, en otra escena importante, el narrador expone los detalles del proyecto final; en el breve epílogo que sigue, explica por qué no se pudo realizar el proyecto.

El inicio del relato, y el dramático final, denotan más elaboración literaria. Así, el narrador, es decir el propio Diderot, exclama al principio: “Quisiera acordarme cómo fue”; en cuanto al desenlace real —muy prosaico: súbita partida de la Sra. Therbouche, al parecer por deudas—, que hace caer por tierra el arreglo final en el taller de Falconet, lo transforma en un desenlace literario utilizando un hecho real, pero sucedido después, que justifica mejor el fracaso del proyecto.

En el texto, las transiciones entre lo narrado y el diálogo propiamente dicho, a menudo son muy borrosas, pues la anécdota es al mismo tiempo el relato y su puesta en escena. Pero

¹ Gallitzin, príncipe ruso, ministro plenipotenciario en la corte de Francia.

² Por ejemplo *La Religiosa* —novela—, es la consecuencia de una “mistificación” que Diderot y sus amigos le hicieron al bondadoso marqués de Croismare.

³ Diderot, *Quatre contes. Édition critique par Jacques Proust*, Genève, Librairie Droz, 1964, p. xxxvii.

⁴ Aparece una alusión a su obra en el *Salon* de 1767. (Crítica de arte de Diderot).

⁵ Rabelais, *Tercer Libro*, cap. IX.

no se trata para nada de torpeza de Diderot, que sistemáticamente borra las fronteras entre efecto estético y razón del efecto; es pues un rasgo estilístico muy propio, con el cual logra que el lector —interlocutor de convención—, participe en la historia.

Si bien Diderot elabora muy tarde —luego de liberarse del enorme trabajo que implicaba realizar la Enciclopedia— los relatos cortos entre los que se encuentra *Mistificación*, por otra parte, el primero de ellos, ya en otras ocasiones se había ocupado de anécdotas semejantes —véanse si no sus novelas, sus diálogos, incluso otros escritos suyos—, muy propias para revelar los recovecos íntimos del hombre. Esos casos (¿clínicos?), desde el punto de vista moral le servían a Diderot para presentar a la sociedad francesa de su época para nada idealizada —como sí lo harían por ejemplo Marmontel en sus Cuentos, o el suizo Gesner en su recopilación sentimentaloides llamada *Idilios*, en donde luego aparecen también algunos relatos de Diderot! Diderot se permitía pues desenmascarar los estreñimientos de la vida social, que tiende a falsear los sentimientos. Sin embargo, lo que él pretendía dista mucho del designio del Discurso sobre el origen de la desigualdad de Rousseau, cuya intención final, a fin de cuentas, es la reforma de las instituciones. A Diderot más bien le interesaba la pintura de los defectos del ser humano, para hacer aparecer los límites y las condiciones de una conducta individual correcta y de un juicio moral objetivo, y al respecto, no sería inútil recordar lo que a menudo repite: el “primer principio moral o el primer deber”, consiste en “ser feliz sin dañar a terceros”. En congruencia con su estética realista, Diderot se nos presenta como un verdadero moralista.

El tema alrededor del cual gira este relato es la salud. Según Jean Varloot, en esta obra Diderot “propone una visión corporal del hombre que sirve de objeto a una estética”⁶. Diderot echa mano de todas las convenciones, creencias y prejuicios sobre la salud —no olvidemos su hostilidad a todo lo que haga intervenir lo sobrenatural—, mezclándolos con sus propias ideas: influencia del cuerpo sobre la mente, teoría de los mecanismos reflejos, etc. expuestas sobre todo en sus *Elementos de fisiología*, y que provienen en gran parte de la escuela vitalista de Montpellier, uno de cuyos representantes más ilustres es el Dr. Bourdieu del Sueño de d’Alembert. De este modo, *Mistificación* toca, a su manera, un asunto que nos concierne a todos. ◇

⁶ Diderot, *Le Neveu de Rameau et autres dialogues*, Presentación de Jean Varloot, p. 13, París, Gallimard, 1972, Col. Folio.



Quisiera recordar el hecho tal como sucedió, sé que le divertirá. Comencemos a ver qué pasa, con la condición de que si me aburro dejo el relato. El príncipe de Gallitzin, entonces, va a las aguas termales de Aquisgrán, donde encuentra a la joven y hermosa condesa de Shmettau. En un lapso de ocho días se enamora, lo dice, lo escuchan y se casa.

En París había tenido relaciones con una cierta señorita Dornet, una muchacha alta, muy bonita, pero de precaria salud; con cierto ingenio, pero ignorante, como cualquier bailarina de la Ópera; por otra parte, muy apta para embaucar a cualquiera. El príncipe, después de casarse, echó de menos dos o tres retratos que había dejado en casa de esa muchacha; me pidió que los recuperara, pero eso no era tan fácil. Entre las diversas posibilidades que se me ocurrieron, opté por sacar provecho de las inquietudes que ella tenía respecto a su salud, achacándole a esos retratos una influencia nefasta que la espantara. Va usted a decirme que eso es muy ridículo. Estoy de acuerdo. Pero si lo ve desde otra perspectiva, ¡cuán agradable

es sentirse bien, poca cosa son los retratos de un infiel! ¡Tanto se puede hacer con la imaginación de una mujer que está alarmada, además, las mujeres son por lo general ¡tan crédulas y tan pusilánimes en lo que se refiere a la salud!, y ¡tan supersticiosas respecto a las enfermedades!

Era importante encontrar a un hombre diestro capaz de interpretar el papel que se requería. Lo tenía al alcance de la mano. Nada diré de su talento al respecto, usted mismo juzgará. Por lo pronto, ya sabe que se trata de “Los retratos recobrados”. La escena se desarrolla en el departamento de la señora Therbouche situado en la casita de Falconet. Los personajes son: la misma señora Therbouche, la señorita Dornet, conocida como la “Bella Dama” y cierto bandolero, Bonvalet Desbrosses, quien se presenta como médico turco.

Era hacia finales de septiembre, al declinar el día. La señora Therbouche había dejado su paleta de pintor, y conversaba de sus asuntos con Desbrosses, quien mostraba profundo interés en ellos. En eso se aparece la señorita Dornet. No saluda,

se deja caer en un sofá. Pues apenas da un paso y ya se siente agobiada por la fatiga. Eso es porque se va debilitando poco a poco; porque sus fuerzas la van abandonando; la vemos entonces embarcada en la eterna historia de su salud pasada y de sus afecciones presentes. Desbrosses, con la espalda apoyada en la chimenea, la miraba fijamente, sin decir palabra.

Srita. Dornet.— (*dirigiéndose a Desbrosses*) Mirándome como lo hace, señor, parecería que le cuesta creer una sola de las palabras que digo.

Desbrosses.— Señorita, tanto más me cuesta, que no escuché nada.

Sra. Therbouche.— ¿No escuchaba? Pero, Doctor, eso de no escuchar está muy mal.

D.— Lo acostumbro. Nunca escucho, observo.

Srita.— ¿Y por qué no escucha?

D.— Porque los discursos sólo me mostrarían lo que cada cual piensa de sí mismo; en cambio, el rostro me enseña realmente lo que es.

Srita.— Bueno, ¿y entonces, qué le ha enseñado mi rostro?

D.— Que usted está realmente enferma. Eso téngalo por seguro, pero, lo que es más, es que los médicos no han sabido nada de su enfermedad.

Srita.— ¡Ah! ¿entonces estoy enferma? ¡Alabado sea Dios! Pero usted, señor, ¿qué piensa de mi estado?

D.— Todavía nada. Un hombre que se respeta nunca da su opinión a partir de una primera mirada, de observaciones superficiales.

Srita.— Estamos solos aquí; yo no tengo secretos con la señora, así que usted puede interrogar, examinar, ver.

D.— Ya le dije que no interrogo. Cuando las respuestas no significan nada, son inútiles las preguntas. Pero, puesto que usted lo permite, veamos.

(Desbrosses se acerca a ella, le echa la cabeza hacia atrás, mira sus ojos, que tienen cierta dureza, pero que son muy hermosos, aparta su manto, recorre con su mano todo el pecho, quiere palparle el vientre.)

Srita.— Pero, señor...

(Desbrosses sin responder, continúa palpándola, luego va a apoyarse en el dorso de un sillón y permanece allí un rato, tomando la pose del hombre que medita.)

Sra. T.— Si no encuentra nada, doctor, al menos no será por culpa de la señorita, ella se ha prestado de buena gana a sus observaciones.

Srita.— ¡O lo quieren sanar a uno o no quieren!

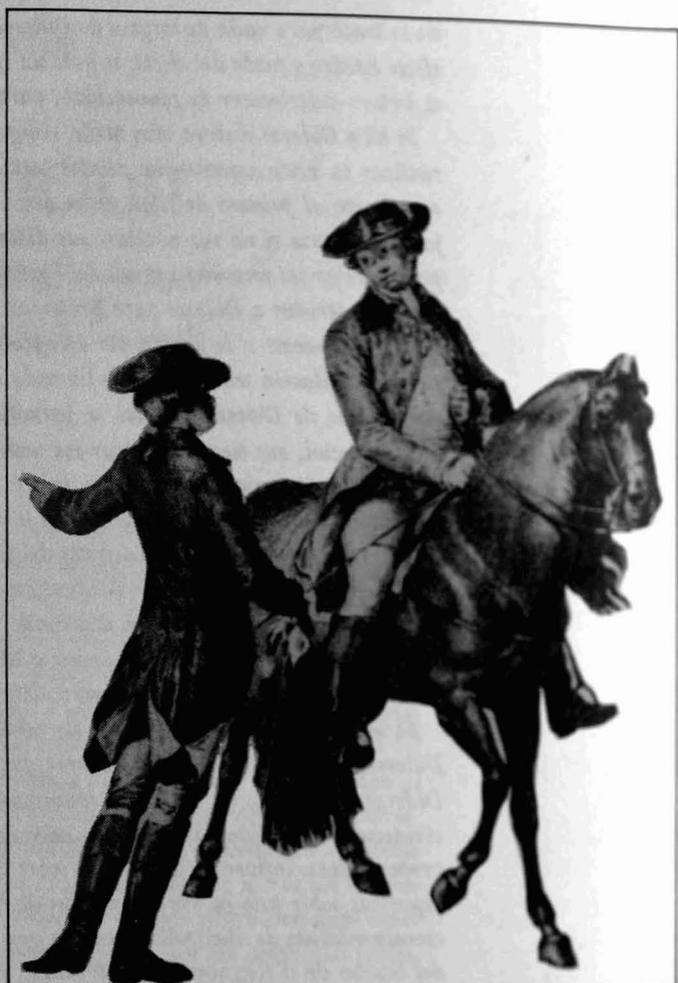
D.— (*murmurando en voz baja*) El aspecto, el contorno del rostro, los ojos... sí, los ojos de una mujer talentosa.

Sra.— (*lanzando una risotada*) ¡Ja! ¡ja! Mujer talentosa. ¡Qué bien dicho!

D.— Déjeme volver a ver. Todo se debe a poca cosa. A ver, señorita, abra los ojos, míreme. Levántese, camine. Mueva los brazos. Incline la cabeza sobre el hombro derecho... Mujer talentosa, mujer talentosa, le digo.

Sra.— Se engaña, se engaña, digo yo.

(Mientras tanto, la señorita Dornet, halagada por las palabras "mujer talentosa", procuraba hacer todo lo necesario para que el doctor no renunciara a esa opinión: si no bailaba, tomaba las poses de una bailarina. Desbrosses mientras tanto



decía: "Es más claro que el agua", y ella replicaba: "Puesto que el doctor lo ha adivinado, ¿por qué se anda con misterios?")

D.— ¡Oh señoras, por favor, sean de buena fe!

Srita.— Señor doctor, deje hablar a la señora Therbouche y cuente con mi franqueza. (*Desbrosses volviendo hacia ella, y pasándole la mano sobre la mejilla, tomándole el pecho, apretándole los muslos, decía*): "¡Cuán firmes eran! ¡Cuán rotundos!"

Srita.— ¡Ay, sí, así eran!

D.— (*suspirando*) Vida disipada, vida deliciosa, vida funesta.

Srita.— Vida funesta, bien dicho.

D.— Y luego, vida retirada, vida triste, vida aburrida, vida aún más funesta.

Srita.— ¿Pero, de dónde saca usted eso...?

D.— Está escrito aquí, allí y allá. La tristeza pasa, pero quedan sus rastros (*dirigiéndose a la Sra. T.*) Vea, señora, usted que es pintora, y por lo tanto buena fisonomista...

(La Srita. Dornet tenía tantas ganas de que lo que dijera el doctor fuera verdad, que a medida que éste hablaba y la Sra. T. la miraba, ponía una expresión de tristeza.)

D.— Y además, el malestar.

Srita.— ¡Ay, sí, el malestar!

D.— Las crisis nerviosas.

Srita.— Me corroen.

D.— Las angustias, las penas del alma y del espíritu.

Sra.— De esas, muy pocas.

Srita.— Perdóneme señora, he sufrido, y mucho.

D.— El mal humor y el despecho.

Srita.— Por menos que eso se tendrían.

D.— La cólera y los arrebatos.

Srita.— ¡Ah, señor doctor, si supiera, tener que abandonar su casa, ir por esas campiñas, atravesar el río Mordeck!* todavía si hubiera estado enamorada, pero no lo estaba. No entiendo nada de nada.

D.— Los insomnios.

Srita.— No señor, yo bebía, comía, dormía.

D.— Por la fatiga. Una vez que los espíritus han tomado cierto curso y que esas endiabladas fibras y no se cuál pliegue, ya no se puede corregir eso como uno quiere. La jarra retiene el olor que recibió estando nueva. Fue Horacio, uno de nuestros grandes médicos, quien lo dijo.**

Srita.— ¿El señor es médico?

D.— Sí señora.

Sra. T.— Yo le conocía algunas cualidades, pero no esa.

D.— Estudié en Tubingia; creí que ya se lo había dicho.

Sra. T.— No me acuerdo.

Srita.— ¿Ejerce?

D.— Cuando un amigo tiene necesidad de mi socorro, cuando puedo darle un consejo saludable, incluso al que es indiferente, si me rehusó a ello, creería faltar a uno de los primeros deberes de la humanidad.

Srita.— ¿Es extranjero?

D.— Así es.

Srita.— ¿Podría preguntarle de dónde viene?

D.— Soy turco.

Srita.— Entonces está circunciso.

D.— Bien circunciso.

Srita.— (*en voz baja a la Sra. T.*) Debe ser muy curioso, un hombre que está circunciso.

Sra. (*en voz baja*) No se le vaya a ocurrir hablarle de eso.

Srita.— ¡Turco! Se le nota en la cara, y le debe ir muy bien el turbante. Dicen que la profesión de médico es muy honrada en Turquía.

D.— Y muy difícil.

Srita.— ¿Y por qué habría de ser más difícil que en cualquier otro lado?

D.— Porque allí no está permitido interrogar a su enferma. El esposo se pone al lado de uno con la mano sobre su cimitarra; lo observa, observa a su mujer; si a usted se le escapa una palabra, la cabeza del médico cae por el suelo.

Srita.— ¡Qué horror! ¡Qué gente más horrible! Yo en el lugar de los médicos dejaría que reventaran todos.

D.— La enfermedad se juzga por medio de los gestos, el color, las miradas, el pulso, el estado de la piel, la orina, las líneas de la mano, cuando se la puede tocar; por los sueños, cuando se pueden conocer.

Srita.— Los míos son horribles.

D.— Se lo iba a decir. Nuestra medicina turca tiene dos partes esenciales que faltan en la de ustedes: la oniocrítica y la quiromancia; la oniocrítica o conocimiento de la enfermedad



por medio de los sueños, la quiromancia o conocimiento del término por los rasgos de la mano.

Srita.— ¡Usted dice la buenaventura!

D.— Por supuesto.

Srita.— Hasta ahora había creído que el que adivina la suerte sólo era un pillo.

D.— Por lo regular lo es; pero un pillo no impide que haya gente honesta; como un charlatán no impide que haya verdaderos médicos.

Sra.— Nada más justo.

Srita.— Entonces mire pronto mi mano; me muero de ganas de saber lo que va a leer en ella. (*acercan bujías y D. se pone a observarle la mano con una lupa*)

Srita.— ¿Ve muchas cosas?

D.— Muchas.

Srita.— ¿Buenas?, ¿malas?

D.— Unas y otras.

Srita.— ¿Me las va a decir?

D.— No señora, hay cosas que no se dicen.

Srita.— Entonces, escribalas.

D.— De acuerdo.

(Acercan una mesa, tinta, plumas y papel, y D. escribe sobre la vida pasada de la Srita., sobre su estado presente, sus costumbres, su temperamento, su espíritu, sus pasiones, su corazón, su carácter, sus intrigas, acercándose algo a la verdad para no ser demasiado claro ni demasiado oscuro. Pone el lacre a su papel y se lo da. Ella iba a romper el lacre y leer, pero

* Canal frontera entre Holanda y los Países bajos austriacos de la época, por donde el príncipe debía regresar a Rusia.

** *Epístolas*, libro I. Ep. II, v. 69.

D. la detiene diciéndole): “No señora, no por ahora; déjelo para cuando se encuentre a solas. Todo eso requiere la más seria atención de su parte”.

Srita.— Con su permiso, señor doctor, necesito leerlo ya, no podría esperar, estaría inquieta. Además, quiero saber de inmediato cuánta confianza puede uno tener en un arte que siempre me ha parecido sospechoso.

D.— ¡Ah!, señorita, puesto que se trata del honor del Arte, no puedo rehusarle nada al honor del Arte. (*Ella abre el papel, lee, y mientras lee sonríe diciendo*): “A fe mía, es verdad... Esto, mucho, más... ¡Pero es prodigioso!... ¿Cómo es posible que tenga uno en la mano su vida por escrito? Señor doctor, cualquier mujer debe temblar al confiarle su mano”.

D.— Por eso precisamente los verdaderos quirománticos se esconden...

(Después de ocuparse de ciertos detalles, D. le prescribe un régimen propio para restablecer una maquinaria desgastada por la pena y el placer, pero en la que todavía hay de dónde sacar: alimentos sanos, distracción, ejercicio, pero sobre todo sustracción de todo lo que pudiera recordarle ciertas ideas, como muebles, cartas, joyas, retratos. Y mientras lo escuchaba, la Dornet releía el papel con mucha atención y exclamaba): “Es como para confundirlo a uno. Al primer vistazo no se puede comprender todo lo que aquí está. Pero entre más pienso más se parece. ¿Hace tiempo que conoce a la señora?”

D.— Alrededor de tres años; tuve el honor de verla por primera vez en la corte de Wurtemberg. Luego, llego aquí, me entero que aquí vive, y me apresuro a presentarle mis respetos. Ésta es mi primera visita. Ni siquiera tuve tiempo de quitarme el traje de viaje; espero que tomará en cuenta mi celo por verla.

(Efectivamente, tenía un sombrero aplastado, una pequeña peluca redonda y sin polvear, una casaca azul con orillas doradas y botines cortos.)

Srita.— ¿Conoce usted al señor Diderot?

D.— No señora. En el extranjero he oído hablar mucho de él, y me propongo verlo antes de partir de aquí.

Srita.— (*a la Sra.*) Quisiera saber lo que va a decir nuestro incrédulo.

Sra.— Dirá que el doctor es un desalmado muy bien aconsejado que se burla de nosotras.

D.— No me ofenderé para nada si el señor Diderot, que no me conoce, me juzga de ese modo, pero yo le serviré un plato de mi oficio para quebrantar su incredulidad. Hemos hecho cambiar de opinión a otros tan esclarecidos y tan desconfiados como él. Sólo que se tome la molestia de honrarme con una visita; pero que sea un cuarto de hora antes de mi partida.

Srita.— ¿Por qué?

D.— Porque nunca permanezco en un lugar cuando ya me conocen.

Sra.— Nos tiene que hacer ver eso a la señorita y a mí.

D.— No señora, sería muy fuerte para ustedes. Lanzarían gritos de terror, la gente acudiría, y no haría falta más para perderme...

(Mientras tanto la señorita Dornet rumiaba acerca del papel que tenía en la mano): “¡nada de muebles, nada de joyas, nada de cartas, nada de retratos”.

Srita.— ¿Doctor, qué peligro pueden tener esas cosas cuando ya no nos importan?

D.— Es falso que dejen de importarnos. Las volvemos a ver, nos ponemos a pensar, la digestión se altera, el sueño se interrumpe; empiezan las pesadillas, las palpitaciones; la imaginación se desborda, nos hierve la sangre, se altera el temperamento, caemos en un estado miserable y todo eso sin saber por qué. Como testimonio de todo ello tenemos a una gran dama de Alemania, una dama muy renombrada en Europa, y no sé cómo lo adiviné, pues era la virtud misma en su país.

Sra.— Los curas dicen que se trataba de un sortilegio.

(D. moviendo la cabeza en dirección de la señora y poniéndose el dedo sobre los labios para indicarle guardar silencio; mientras, la señorita se dirigía a él.)

Srita.— ¡Cómo! en serio hay mujeres...

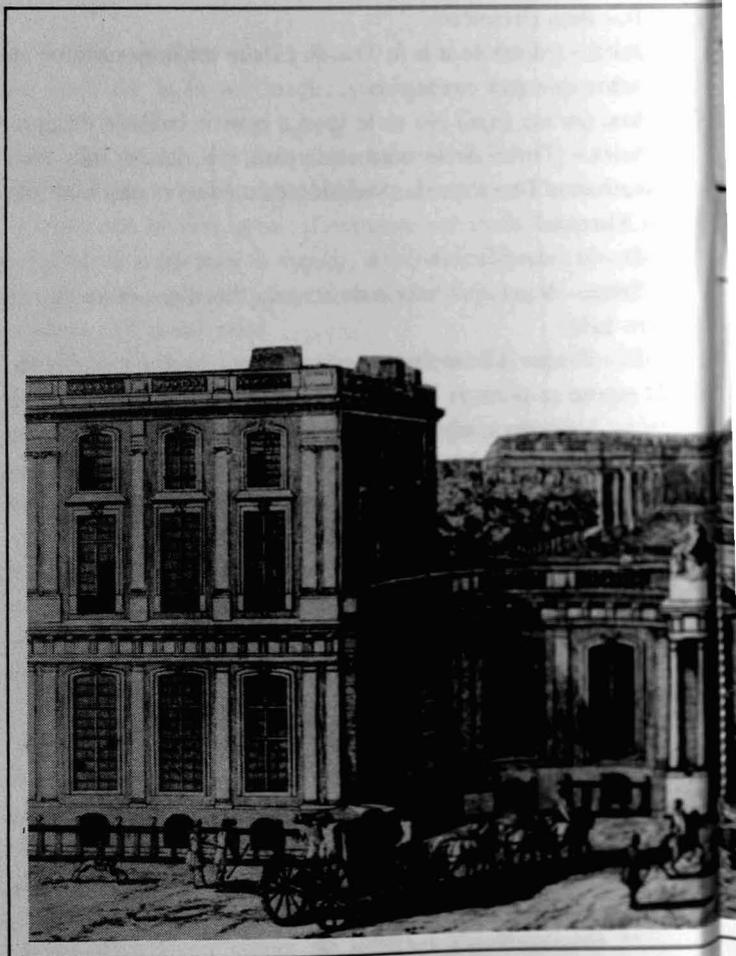
D.— Son numerosas.

Srita.— ¿Por una joya, cartas, un retrato?

D.— Una vez que estaba yo en Gotha vi de casualidad a una muchacha tan bella como un ángel, con unos ojos, una boca, un óvalo del rostro como el de usted. De inmediato se notaba que la pobrecita iba debilitándose. Sus padres, que la amaban con locura, estaban desolados. Les dije: cámbienla de morada y se curará. Así lo hicieron y se curó.

Srita.— ¿Habitaba aparentemente en la casa de su amante perdido?

D.— Menos que eso. Su ventana daba a un jardín en donde a veces habían paseado juntos... Pero hay otra, se trata de una de sus compatriotas, señora Therbouche.



Sra.— Será la mujer del chambelán de la princesa de...

D.— Ella u otra. Basta con saber que había enviudado desde hacía cinco o seis años; no había nunca estado enloquecida por su marido...

Sra.— Es la misma que yo pensaba, estoy segura.

D.— ¡Sh! ¡sh! Ella, sin creer que surgiera inconveniente alguno, había conservado un brazalete con los cabellos del marido. Ese brazalete revuelto con otros adornos femeninos, caía en sus manos de vez en cuando, y cada vez recordaba al ausente. Comenzó por suspiros que se le escapaban sin darse cuenta. Poco a poco fue turbándose, se puso melancólica; el insomnio siguió a la melancolía, y como de costumbre el marasmo siguió al insomnio; se puso seca como un pedazo de palo. Hace tiempo nos carteábamos. Pero desde hace uno o dos años no tengo noticias de ella; supongo que murió. No hay que dejar que esas circunstancias vayan engranándose.

Sra.— Pero eso no se entiende.

Srita.— Es como tantas otras cosas que no comprendemos.

D.— Diríase que de las cosas que han pertenecido o que han sido tocadas por el objeto amado, se escapan fluidos imperceptibles. No es nueva esta idea; es la antigua doctrina de Epicuro. Los antiguos sabían más que nosotros. Entonces, eso se debe a la visión. ¿Y, cómo se da la visión? Por medio de simulacros sutiles que se despegan de los cuerpos y se dirigen a nuestros ojos. ¿Quién conoce las cualidades benéficas o malélicas de esos simulacros? Nadie. Pero la experiencia ha demostrado que no todos son inocuos.

¿Qué cabeza resistiría por mucho tiempo viviendo en un de-

partamento que estuviera totalmente tapizado de negro? Sin embargo, el tapiz, sea blanco, negro, verde o gris, sólo es tela. Si los astros, que se encuentran a distancias infinitas, vierten sobre nuestras cabezas influencias que nos mueven, ¿cómo negar el efecto de los seres que nos rodean, nos asedian, nos presionan, nos tocan? ¡Oh Naturaleza! ¡Naturaleza!, ¿quién ha penetrado en tus secretos? Conocemos un poco más que el común de la gente; con todo y eso somos muy ignorantes.

Sra.— ¿Y el capítulo de las simpatías y antipatías?

D.— Es infinito.

Sra.— ¿Acaso es también posible que nos quede una inclinación secreta de nuestros gustos?

D.— No lo dude. La seguimos, primero sin sentirla; su fuerza va acrecentándose sordamente en nuestro interior, tanto y tan bien que a la larga termina por arrastrarnos con una violencia a la que ya no se resiste. La teología ha querido inmiscuirse; pero, asunto de organización: efecto natural: asunto de medicina. Uno se pone triste sin razón, ese parece ser el primer síntoma. El fastidio se apodera de nosotros; tratamos de disiparnos, no podemos, nos falta algo por donde quiera.

Srita.— Así precisamente es como yo me siento.

D.— Que un anillo, un retrato, una carta, un recado tierno que guardemos caiga ante nuestra mirada, y el pérfido simulacro se pega en la retina.

Srita.— ¿Qué es una retina?

D.— Es una tela de araña tejida con los más delicados hilos nerviosos, con los más finos y más sensibles del cuerpo, y que tapiza el fondo del ojo. Cuando la imagen se pega a esa tela móvil, cuando sus pequeños estremecimientos se han transmitido a esa sustancia tan delicada, tan blanda que se llama cerebro; cuando el alma ha tomado las ondulaciones de esa sustancia; cuando una y otra cansadas de oscilar, se derrumban por la fatiga, se pasa del fastidio a la tristeza, a la melancolía, al enternecimiento, a las lágrimas, a la pena, a la indigestión, al insomnio, al dolor, a los nervios de punta, a las crisis nerviosas.

Srita.— ¡Se trata de mí, se trata de mí misma, es como si mi recamarera se lo hubiera contado!

D.— De las crisis nerviosas a la delgadez: ya no hay tetas, ya no hay muslos, ya no hay nalgas. Huesos, y luego, ¡puros huesos!

(En ese momento la Srita. Dornet, apartando con ambas manos la parte del vestido que cubría su pecho, le mostró una superficie plana, desigual, atravesada por profundos surcos. Tal espectáculo habría causado lástima a otros que no fueran redomados bromistas. Luego le dijo): “Señor doctor, eso no es nada, deme su mano”.

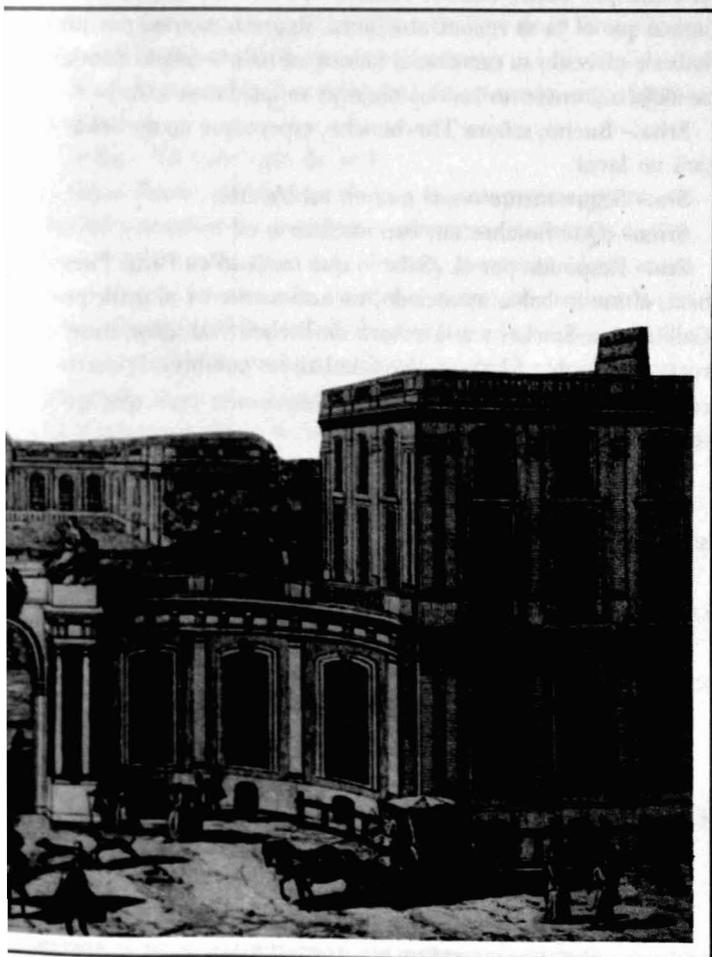
(El doctor le dio su mano, que ella condujo por las aberturas de sus faldas hasta los muslos.)

Srita.— ¿Y bien, qué dice de todo esto?

D.— Digo que no ha llegado aún a donde puede llegar.

Srita.— ¿Qué cosa peor puede pasarme?

D.— Que la poca grasa que queda se funda, que la piel se ennegrezca y se pegue a los huesos, que el fuego alcance al esqueleto, que los ojos se iluminen como candelas y que se pierda la razón. Entonces llegará el delirio, llegará el furor.



Srita.— ¡Basta, señor doctor, sólo de pensarlo me dan escalofríos!

D.— Ese último periodo es horrible. Se trata de la cola de las pasiones, que mucho debe temerse; esa cola no tiene fin. Por eso primero me apego a la vida, a las costumbres, a los gustos, a las pasiones de un enfermo. Exijo el sacrificio de todas esas bagatelas que ya no significan nada para la felicidad y que pueden tener consecuencias muy funestas. Si se rehusan a hacerlo, me retiro y abandono a su mala suerte a una insensata. Las pasiones, las pasiones, son como los volcanes que se creen extinguidos porque ya no echan humo. Yo, señoras, puedo decirles que he visto, conocido, al hombre que estuvo diez años, escuchen bien, diez años sin pensar en la infiel a la que ya había dejado, sin buscarla, sin verla, sin hablar de ella, sin añorarla. Al cabo de esos diez años, el azar le hace encontrarla; se le nubla la vista, se siente turbado, le tiembla todo el cuerpo, le flaquean las rodillas, se siente mal, de veras mal. Y luego que vengan a decirme que uno conoce el estado de su corazón... Usted se ríe, señora Therbouche, ¿no cree en eso?

Sra. T.— Por el contrario doctor, es que tengo ante mí un ejemplo parecido.

D.— Un dedal para coser lleno de cierto polvo negro, no es nada. Una chispa de fuego, menos aún. Sin embargo...

Srita.— ¿Y la pasión más violenta, en su primer instante? Una sonrisa, una palabra, una mirada, un gesto, una inclinación de cabeza, una caída de ojos, un no sé qué.

Sra. Y ese no sé qué ha trastocado más un imperio.

D.— Muy bien señoras, muy bien. Las mujeres, ¡ah! ¡las mujeres! cien veces he dicho que si quisieran ocuparse de todo eso, no nos quedaría a nosotros más camino que dejar el oficio. Poseen una sagacidad natural a la cual, con todos nuestros libros, no nos acercamos para nada. Mientras damos vueltas en torno del asunto, ellas le ponen la mano encima.

Sra.— Basta de galanterías; por lo demás, nosotras sabemos lo que valemos. ¿Pero, qué conclusión darle a todas esas lindzas que nos ha estado lanzando?

D.— ¿Cómo concluir? Pues teniendo en cuenta que no hay que descuidar nada, y sí desconfiar de todo; se trata, señoras, de que se socorran por todos los medios posibles.

Sra.— Con calma doctor, nada de plurales. Yo allí no entro.

D.— De acuerdo, señora; pero no sabe lo que le espera.

(En ese momento el doctor recordó que había comido poco y dijo que tenía hambre. Le ofrecieron pan, vino, duraznos y uvas, que aceptó de buena gana. Comía con un apetito y disertaba con una profundidad tales que me es difícil relatar. Al mismo tiempo demostraba a esas damas que en un orden donde todo se relaciona no hay pequeñas cosas, y que las más minuciosas son el origen de las más importantes; al respecto, se refería a la historia misma de la vida de la Srita. Dornet. Hacía entrar cartas, anillos, retratos con increíble habilidad, mientras ella lo escuchaba atentamente.)

Él decía: “Si el presente está preñado de porvenir, también hay que confesar que para la preñez del presente como para cualquier otra, hace falta poco para que se vuelva fecunda...” “Y es lástima, replicaba la Srita Dornet, que no pueda verse claro en esa matría”. (El doctor no respondió nada, pero empezó a mirarla con sumo interés e incluso con enternecimien-

to; entre tanto, la señora Therbouche le decía al oído): “Es un diablo al que no le entiendo para nada. En Stugart me predijo cosas inauditas que se han verificado al pie de la letra.

Srita.— ¿De veras?

Sra.— Se lo juro. Incluso sentí escrúpulos. Temía que en todo ello estuviera mezclado el diablo, pero él siempre me ha parecido un hombre honesto.

D.— ¿Qué murmuran las señoras? Sólo dependería de ustedes para que yo me aprovechara de lo que dicen.

Srita.— Es que la señora pretende que usted sabe mucho más de lo que muestra.

D.— Señora Therbouche, usted es una indiscreta.

Srita.— No tema, señor; ya no soy una niña y conozco algo respecto a lo que se debe decir o callar. Señora, respóndale por mí y ruéguele...

Sra.— Doctor, usted conoce a las mujeres, somos curiosas, y esta señora quisiera que le dijera algo que le atañe.

D.— ¿Qué quiere que le diga? Yo no sé nada.

Sra.— Usted nunca se ha arrepentido de haberme hablado a mí. Yo conozco bien a la señora; puedo asegurarle que merece su confianza.

D.— Nuevamente le digo que no sé nada.

Sra.— Vamos, doctorcito, mi doctorcito, no entristezca a una bella dama como ella, y dígame algo.

(Desbrosses estaba esperando la ocasión para confesarse brujo y darle gusto a la bella dama, pero ya era la una y tenía ganas de dormir. Puso cara de fastidio, se levantó y desapareció. Por más que la Srita. Dornet le gritara desde lo alto de la escalera: “Señor doctor, señor”, el ruido de la puerta le indicó que él ya se encontraba fuera. Regresó molesta por no haberle ofrecido su carroza, al menos así habría sabido dónde se alojaba... entonces las dos mujeres se quedaron solas.)

Srita.— Bueno, señora Therbouche, espero que no me rehusará un favor.

Sra.— Seguramente no, si está en mí hacerlo.

Srita.— ¡Qué hombre tan extraordinario es!

Sra.— Respondo por él. ¿Sabe lo que me pasó en París? Pues bien, él me lo había anunciado, incluso a usted y al príncipe Gallitzin y a Stackes y a la señora de Rieben y al señor Diderot, y a ese pobre Chabert, sólo faltaban los nombres. Primero consideré todo eso como puras ensoñaciones; creo que usted habría hecho otro tanto.

Srita.— Tal vez.

Sra.— Porque aparentemente usted tiene una mente más sólida que yo.

Srita.— Vamos, si me dicen cosas que yo sola sé, es de creerse que las han adivinado.

Sra.— A eso no se puede replicar. Pero es tarde; dígame pues, ¿en qué puedo servirle?

Srita.— ¿Va a verlo de nuevo?

Sra.— Así espero.

Srita.— Comprométalo para que vaya a cenar a mi casa. Estaríamos sólo los tres, y lo tendríamos en la mira.

Sra.— Por mi parte, le declaro que no quiero saber nada.

Srita.— ¿Cuál es la razón?

Sra.— Porque luego las cosas no dejan de suceder, y uno se pone de antemano inquieta.



Srita.— Por mi parte sucede lo contrario. Las cosas me afectan menos cuando las espero, y tal vez es por eso que soy tan curiosa. Por lo mismo, procure que no deje de ir a mi casa, y si no lo hace por usted, que sea por mí.

Sra.— Sólo que hay una dificultad, él a veces es muy extraño y silencioso.

Srita.— No tiene cara de serlo.

Sra.— Puedo decirle que llega a pasarse meses enteros sin hablar y semanas sin despegar los dientes; a sus gentes se dirige sólo por medio de señas. No crea que como lo vio ahora sea siempre. La situación de ahora es que se encuentra con una amiga que había perdido de vista hace dos años, y a la que vuelve a ver de nuevo por primera vez; está frente a una mujer joven y hermosa; usted debe haberle interesado mucho para dejarse ir como lo ha hecho.

Srita.— Le gustan las mujeres.

Sra.— Las que son hermosas, con locura.

Srita.— Me lo tiene que llevar.

Sra.— Pondré todo de mi parte, eso es lo único que puedo decirle.

Srita.— Sea buena, hágalo por mí, se lo agradeceré toda la vida.

Sra.— ¿Pero y si le dice cosas que la inquieten?

Srita.— Tengo una cabeza bien sólida y difícilmente llegan a inquietarme.

Sra.— Yo, en su lugar, sólo lo consultaría sobre mi salud. ¿Para qué me han servido sus predicciones? Para nada. La primera vez reí; no lo haría la segunda.

Srita.— Quiero saber, por si acaso, y usted me va a hacer enojar, si no se logra nuestro encuentro.

Sra.— No quiero que se disguste, pero tampoco quiero sus reproches.

Srita.— No le haré ninguno.

Sra.— ¿No se le va a olvidar que es en contra de mi voluntad, y que la que desea ese encuentro es usted?

Srita.— Sí, sí, yo lo habré querido, y quiero. De acuerdo.

Sra.— Y bien, enhorabuena.

Srita.— (*abrazándola*) De veras que es encantadora.

(Dejé pasar algunos días entre esa escena y mi primera visita. Encontré pensativa a la señorita; le pregunté la razón de su actitud.)

Srita.— No es nada.

Diderot.— No me está diciendo la verdad. ¿Qué tiene?

Srita.— Tengo...

Diderot.— ¿Qué?

Srita.— Bueno, como de todos modos se lo tengo que confesar, vi a un diablo de hombre que me ha trastornado.

Diderot.— ¿Se ha enamorado usted? ¿Y qué tiene de malo? Si le conviene lo guarda, si no le conviene, lo despide.

Srita.— ¡Si sólo se tratara de eso!

Diderot.— ¡Ah! comprendo, quiere casarse con él.

Srita.— ¡Casarme! No sería su mujer ni por todo el oro del mundo; me entraría el temor de que una buena noche ese diablo me torciera el cuello.

Diderot.— Tranquilícese, el diablo no tuerce los cuellos.

Srita.— ¿Ha visto usted a cierto médico turco?

Diderot.— No.

Srita.— Es que él piensa ir a visitarlo.

Diderot.— Bienvenido. ¿Pero qué relación tiene ese médico turco con sus preocupaciones?

Srita.— Se va a burlar de mí, estoy segura, pero no importa. Lo encontré en la casita.

Diderot.— ¿Con la señora Therbouche?

Srita.— Sí, ella lo conoce.

Diderot.— Y bien, ¿ese hombre que la señora Therbouche conoce...?

Srita.— Me miró en los ojos, en la mano; me palpó, me volvió a palpar, me habló, me escribió, me dijo todo lo que he pensado, todo lo que he hecho, todo lo que me ha sucedido desde que nací.

Diderot.— Lo creo. Yo habría hecho lo mismo.

Srita.— Pero usted me conoce, y él no.

Diderot.— Pero él conoce a alguien que la conoce, lo que equivale a lo mismo.

Srita.— Ya me había imaginado que usted iba a burlarse de mí.

Diderot.— ¿No va a pretender que para darle gusto yo caiga en historias de brujos, aparecidos, astrólogos? Vamos, ese pretendido médico turco es un tonto o un pillo.

Srita.— En cuanto a tonto, se lo juro que no lo es; en cuanto a pillo, no tiene la apariencia, ni el acento de su voz indica que lo sea.

Diderot.— Pero su juego es el de un pillo. ¿Qué le dijo, o mostró que sea tan incomprensible, tan aterrador?

Srita.— El fondo de mi corazón; mis más ignoradas acciones, mis más secretos pensamientos, lo que además de mi gorro de dormir y yo, nadie sabe.

Diderot.— Habrá hablado con su gorro de dormir, el cual no habrá sido discreto.

Srita.— Basta de bromas; me siento mal, verdaderamente muy mal.

Diderot.— En verdad no se ve muy bien que digamos.

Srita.— Él me exige someterme a un régimen alimenticio.

Diderot.— Tiene razón.

Srita.— A sacrificios.

Diderot.— Pueden hacerse algunos.

Srita.— Le da importancia a bagatelas.

Diderot.— Habría que saber a qué le da usted ese nombre.

Srita.— A las cartas, joyas, retratos.

Diderot.— ¿Y él pretende...?

Srita.— Que se les escapen un no sé qué de pernicioso, unos simulacros..., sí, simulacros, es la palabra... que van a pegarse... a, a la tetina... allí, en el ojo.

Diderot.— Querrá decir en la retina.

Srita.— Sí, sí, en la retina. ¿Pero entonces eso tiene algún fundamento?

Diderot.— Pienso que no hay nada mejor que deshacerse de todos los objetos que despiertan en nosotros malos recuerdos. Eso es lo más seguro.

Srita.— Pero tal vez me daría algo de pena hacerlo.

Diderot.— En ese caso consérvelos.

Srita.— Pero mi médico turco no quiere.

Diderot.— Déjelo que hable.

Srita.— ¿Y si todas las desgracias que me predijo me caen encima?

Diderot.— Si usted me asegura que su hombre no es un idiota ni un pillo, tendré que creer que se trata de una especie de loco.

Srita.— Sabio o loco; en la duda ¿qué inconveniente tendría de acceder a su locura?

Diderot.— En ese caso deshágase de los objetos.

Srita.— Sin embargo, es muy agradable, y sobre todo cuando vamos avanzando en edad, recordar las conquistas que uno ha hecho, con las bagatelas que nos han ofrecido.

Diderot.— Entonces consérvelas.

Srita.— Pero él cita hechos que dan escalofríos.

Diderot.— No las conserve pues.

Srita.— ¿Sabe usted que esos guárdelas, no las guarde, son de una ironía, de una indiferencia insoportable?

Diderot.— Si prefiere entonces, haga lo uno y lo otro.

Srita.— ¿Y cómo, me lo puede decir?

Diderot.— Confíemelas.

Srita.— Ya lo veremos. Mientras tanto, si mi médico turco viene a cenar, o si vamos a cenar a su alojamiento, ¿vendrá usted, sí?

Diderot.— De buena gana.

Srita.— ¿Sabe que él pretende curarlo?

Diderot.— Yo no estoy enfermo.

Srita.— Pero es usted el incrédulo más determinado que yo conozco.

Diderot.— Por eso es que me siento mucho mejor que otros.

Srita.— Y si él cumple su palabra...

Diderot.— Le va a fallar, soy yo quien se lo asegura.

Srita.— ¿Y por qué?

Diderot.— Ese tipo de gente sabe con quién trata.

Srita.— Con eso usted claramente quiere decir que la señora Therbouche y yo, somos dos imbéciles.

Diderot.— Yo no dije eso. Pero... ahí viene Naigeon, y creo que si usted quiere conservar su estimación, será sensata y no le confiará sus chiquilladas.

Srita.— Tendré cuidado de no hacerlo. Usted es tolerante, y él no.

Diderot.— Pido paz.

Naigeon entró, y yo sólo partí cuando por el giro de la conversación pude asegurarme que no se hablaría del médico turco; por lo tanto, imagino que ella no le habló de eso.

En esas estamos. Hay una cena prevista, pero no en casa de la bella dama, sino en casa del doctor. Veremos qué pasa.

No pasó nada. Yo tenía un busto del príncipe, íbamos a conseguir uno de la princesa. A ambos se les habrían añadido unos cuerpos de mimbre y los habríamos vestido a nuestro antojo y colocado en el fondo del apartamento tapizado de negro. Los rostros (untados con fósforo) habrían estado protegidos del contacto del aire, y el apartamento lleno con vapor de alcanfor. La Bella Dama habría entrado con una vela prendida en la mano; al inflamarse, el vapor de alcanfor habría prendido el fósforo; el fósforo, al quemarse, habría iluminado los rostros del príncipe y la princesa. La Bella Dama habría reconocido al príncipe; en ese instante, los dos fantasmas habrían desaparecido en una trampa colocada bajo sus pies. Pero... Desbrosses, días antes de esa simulación, se pegó dos tiros en la cabeza*, y nuestro proyecto no pudo llevarse a cabo.◇

* En realidad Desbrosses se suicidó en noviembre de 1761, es decir, un año después.

